

Misericordia, 5

Posiblemente no llegué al barrio en el momento más adecuado. La primera vez que puse los pies aquí fue un día cualquiera de marzo, frío, demasiado para mi cuerpo, no acostumbrado a este tipo de temperaturas, gris, al atardecer, mientras caía un palo (1) muy fuerte que lo envolvía todo y le daba un aire aún más feo. Después de horas interminables cruzando el charco desde un país latinoamericano, que ahora no viene al caso nombrar, y de otro par de horas largas desde el aeropuerto de Madrid, me dejé caer exhausto en “Misericordia” número cinco, cuarto piso sin ascensor, la que habría de ser mi nueva casa en mi nueva patria: España.

La primera impresión que me causó la zona fue más bien pecueca (2). Calles laberínticas prácticamente iguales y confusas, estrechas y atestadas de máquinas (3) con casas igualmente parecidas unas a otras, colmenas más bien las llamaría yo, de similar altura, tan próximas unas a otras que en algunas de ellas parece que nunca entra el sol a poner un poco de luz y calor en los hogares. Un paseo calmado un par de días después, cuando me hube recuperado del cansancio del viaje, me permitió ver otras cosas con más detalle. Ropa colgada de los balcones, calles no demasiado limpias, establecimientos de ropa y enseres baratos, muchos bazares chinos, gente sencilla y por lo general bastante mayor caminando por sus aceras, gentes de otros colores y países, entre los que reconocí rasgos de distintas nacionalidades latinas, como yo, pequeños establecimientos de comida, fruterías, panaderías, carnicerías que me dieron la sensación de estar abiertos desde hacía siglos, y sobre todo, la mayor concentración de bares por metro cuadrado que jamás haya visto.

Asimismo, de mi casa no me percaté mucho en un primer momento porque fui directo al sobre en el que permanecí en estado semi-comatoso al menos un día y

medio. Cuando desperté y me sentí con fuerzas para ponerme en pie pasé revista. Se trataba de una vivienda humilde, vieja, con tres piezas pequeñas, una cocina y un cuarto de baño minúsculo, equipada con apenas unos pocos muebles ñacarosos (4) y sin comodidad alguna.

Visto así, cualquiera diría que con nada me encontré conforme, pero era, con mucho, bastante mejor que lo que dejé allá, aunque, bien es verdad, la idea que me había forjado de lo que encontraría al llegar acá era que sería mucho más bonita y amable.

Han sido seis años esperando este momento, pensando que me daría con la prosperidad de cara, o tal vez mi madre me lo pintó demasiado bonito. Ella fue la primera en llegar. Miento, la segunda. Vino tras los pasos de una hermana suya que fue lo suficientemente valiente como para salir de su país, en busca de una vida mejor y cuando se estableció, mamá vino a su rabo. Cuando llegó, vivían unas quince personas en un piso de características similares a este, turnándose para usar la cocina y el baño y hacinándose en colchones en el suelo para dormir, hombres, mujeres y niños, todos revueltos. Empezó trabajando como manteca (5) y pasando de casa en casa y de señora en señora hasta que fue aprendiendo los usos y costumbres españoles. Trabajó duro y nos mandaba allá casi todos los ahorros que podía conseguir. Con los años se consolidó y se hizo con los papeles y ahora trabaja en una residencia de ancianos por la mañana, y para una viejita por las tardes. Cuando ahorró lo suficiente se mudó a este piso con su hermana y lo siguiente que hizo fue traerme a mí.

Aún tendrá que ahorrar para traer a mi hermano pequeño, cinco años menor que yo, que quedó allá, al cuidado de mi abuela, que dice que ya está vieja para andar cruzando océanos y que ha de morir en su tierra. A mi padre lo quebraron (6) cuando yo tenía tres años, casi no le recuerdo, y del padre de mi hermano, que no es el mismo, hace años que no sabemos nada.

Mi madre se ríe dulcemente de la viejita que cuida en un barrio acomodado de la ciudad. Cuando la deja por la noche después de darle de cenar, ésta siempre la advierte de los peligros que encontrará en la oscuridad de un barrio tan malo como en el que vivimos. “Pobre abuela, que sabrá ella lo que es un barrio conflictivo, con los trasquetos (7) rondando las calles, la policía sin atreverse a entrar en el distrito y un tiroteo en cada esquina, como en el que murió mi hombre”, suspira mi madre.

Mi madre y yo discutimos a menudo, y eso que nos vemos poco a causa de su trabajo. Cuando vine acá mi idea era conseguir una chamba, (8) hacer billullo (9) lo más rápidamente posible y comprarme un carro. Lo del billullo no era solamente para vainas, (10) también para contribuir al pasaje de mi hermano, ¿eh?, pero lo barro (11) es que mi madre ya había hecho planes por mí. En el barrio hay un Instituto y antes de yo llegar ya se había tomado ella la molestia de informarse de cómo retomar mis estudios. Yo no contaba con eso. A mí el tema de los libros, los trabajos y sobretodo los números no me iba nada. Hay cosas que son igual de pesadas a un lado y a otro del mar. En mi país engañaba a mi abuela como quería y hacía vida de pateperro, (12) así que la calle ha sido mi mejor y única escuela y la que me ha enseñado a hacerme fuerte y sobrevivir. Me gustaba salir con los cuadros, (13) tomar, (14) y fumar algo de monte (15) y ahora mi vieja quiere hacer de mí un zanahorio (16). No solo me exige que termine mis estudios más básicos sino que está empeñada en que entre en una especie de taller de madera que hay montado en el mismo centro.

Integrarse no siempre fue fácil. En un primer momento mi madre me llevó a la asociación de inmigrantes de mi país a la que ella pertenece. Es casi la única forma de hacer los primeros conocidos, que no amigos, y luego te juntas con otros que ves por el barrio. Por nuestros rasgos nos conocemos. La gente a veces nos mira con recelo y juzga antes de tiempo, sobretodo los paisanos que llevan viviendo aquí toda la vida. Para ellos somos intrusos. Mi madre también los sufrió. A los vecinos no les hacía gracia tanta gente extranjera junta, pensaban que la unión hacía la fuerza y

que a la larga podrían resultar peligrosos. Me contó, que de todo el edificio, solo hubo una mujer muy mayor que le brindó ayuda y que en una ocasión le comentó que ella también lo había pasado mal cuando vino del campo a la ciudad y el barrio estaba aún en construcción. Mi madre aún tiene contacto con ella y la ayuda desinteresadamente cuando se lo pide.

Llegó la primavera y después el verano, demasiado tórrido, tras el largo y duro invierno. Y mi pequeña vivienda se convirtió en un horno asfixiante durante el día y recalentado durante la noche. Encontré el alivio necesario a estos calores en el cercano parque de Ribera de Castilla, el pulmón verde del barrio, donde la sombra de los árboles y el verdor fresco de la hierba invitaban a dormir plácidas siestas y a pasar ratos agradables. A veces iba con los colegas y bebíamos hasta altas horas de la madrugada, tumbados en el suelo. Al día siguiente tocaba guayabo (17) y la consiguiente colleja de mi madre. Me gustaba sentarme bajo un árbol y apoyar la espalda en su tronco mientras observaba todo lo que ocurría a mi alrededor. Pasaba la gente de todas clases y edades por el Paseo del Colesterol, como lo llaman en la zona, pasaba la gente paseando sus perros, pasaban las leas (18) en grupos, y a veces también se tumbaban en el césped, se arremangaban sus ropas y tomaban el sol, pasaban los pelaos (19) en sus bicicletas, pasaban los bollitos, (20) y pasaba hasta el Pisuerga, que es el río de la ciudad, marrón cuando llueve mucho, verdoso generalmente y apestoso siempre. Todo pasaba, menos yo, que permanecía sin nada productivo que hacer y sintiéndome chantao (21) y añorando mi tierra. Fue por entonces cuando empecé a frecuentar la biblioteca del Centro Cívico de la Rondilla, por sugerencia de mi madre, que viéndome así me aconsejó que no podía estar todo el día dándole al bolo (22). No fue mala idea. Un libro es un entretenimiento barato cuando uno anda en el esmierde, (23) no dispone de televisor en casa y mucho menos de un ordenador, que por aquel entonces, ni siquiera sabía manejar. Empecé leyendo tebeos y cosas así y me entretenía mirando los dibujos y después,

gradualmente continué leyendo cosas de más enjundia, aunque al principio no entendía muy bien palabras castellanas a las que en mi país damos otro significado. Empezó el curso a mediados de septiembre, y con ello mi tortura. Las horas eran interminables, soporíferas, encontré lagunas inmensas de nivel académico entre mis conocimientos de allá y lo que enseñaban aquí, como me he acostumbrado a decir ahora. Me costaba la vida parar la bola (24) y los números en la pizarra hacían bailes incomprensibles para mí durante la clase de Matemáticas. Esperaba con ansia la hora de Lengua y Literatura, las únicas asignaturas que me animaban un poco. Me apasiona la vida de los escritores que nos explicaban. Tipos corrientes, muchas veces desgraciados, que eran capaces de inventar historias para denunciar injusticias o simplemente para distraer a otros. Recuerdo con especial cariño uno de los primeros libros que me mandaron leer. No recuerdo el nombre del autor, solo sé que nació en esta ciudad y que aún vive. Trataba de un niño de pueblo al que sus padres quieren enviar interno a un colegio fino de la ciudad. El niño pasa toda la noche en vela recordando las aventuras vividas junto a sus amigos. Me emocionó mucho porque yo también me la pasé en blanco antes de hacer mi viaje.

Han pasado dos años desde que llegué. Algunas cosas han cambiado. El barrio está cambiando. Están arreglando algunas casas de las más viejas y dándoles un toque de color, más moderno, que nunca viene mal. Es como las mujeres cuando se maquillan, que parece que les alegra la cara, aunque sean feas. Y me gusta ver prosperar mis calles y mi gente. Mi hermano ya está con nosotros. Yo, prácticamente me he integrado y ya tengo algunas llaves (25) españolas. Me fajo (26) en mis estudios de madera, haciendo virutas en el taller y paso largos ratos en la biblioteca del instituto y en la del Centro Cívico leyendo todo lo que puedo. También tengo televisión, pero sigo prefiriendo la lectura. La verdad es que hace más calorcito y se está mejor que en casa. Bueno, en la del instituto el calor tampoco es que sobre.

Ahora estoy enloquecido porque el instituto ha organizado un concurso de relatos breves. Quiero poner en práctica lo que he aprendido leyendo a otros y pelar el cobre (27). Yo también quiero contar historias, emocionar, entretener. Pero no quiero contar cualquier historia, quiero contar una en particular. La mía.

Rebecca Danvers

(Valladolid, 20 de febrero de 2010)

(1) Aguacero. (2) Mala. (3) Coches. (4) Muy deteriorados. (5) Muchacha del servicio doméstico. (6) Mataron. (7) Narcotraficantes. (8) Empleo. (9) Dinero. (10) Cosas, chismes. (11) Lo malo. (12) Callejero. (13) Amigos. (14) Beber. (15) Marihuana. (16) Hombre sano, sin vicios. (17) Resaca. (18) Muchachas. (19) Niños. (20) Chicas guapas. (21) Triste. (22) Cabeza. (23) No tener dinero. (24) Prestar atención. (25) Amigos cercanos. (26) Fajarse, dedicarse con ahínco a algo. (27) Demostrar lo que uno es capaz de hacer.